

1, 2, 3
RACONTE !

JERICÓ, LA CIUDAD DE LAS PALMERAS

¿Alguna vez has oído hablar de la Ciudad de las Palmeras, una de las ciudades más antiguas del mundo? La historia de hoy nos llevará allí. Imagina una ciudad en medio del desierto. Después de un viaje agotador en un paisaje árido y seco, bajo un calor abrumador, los viajeros descubren una ciudad bonita en un oasis verde con manantiales, palmeras, árboles frutales, una temperatura agradable, casas cómodas. Llegaron a Jericó, el lugar ideal para saciar la sed, refrescarse, descansar; ¡Jericó es la ciudad de los sueños! En la época de Jesús, vivían allí muchas personas ricas. También hubo gente desdichada como este hombre cuya historia vamos a contar. Verás, a veces solo hace falta un encuentro, una oportunidad que aprovechamos para que todo cambie. Pero no te diré más. Presta mucha atención y podrás responder la pregunta: ¿Por qué Bartimeo siguió clamando?

BARTIMEO



La ciudad de Jericó está rodeada de murallas. Para entrar o salir de ella, hay que atravesar sus imponentes puertas. Hay un continuo ir y venir de hombres, mujeres, niños, comerciantes, visitantes de países extranjeros. También hay animales, caravanas de camellos cargados con todo tipo de mercancías, burros y ovejas. En definitiva, muchos colores, olores,

ruido, bullicio. Un hombre se sienta allí al lado del camino junto a la puerta, ese es su lugar habitual. "Espero que los transeúntes sean un poco generosos", se dijo. Si me pudieran dar algunas monedas, me permitiría comprar un pequeño trozo de pan y tal vez un trozo de queso o unos higos.

¡Oh! No recibe mucho, pero es la única forma de conseguir algo de comida.



-¡Por favor! ¡Por favor! ¡Señor! ¡Señora, ¡una pequeña moneda! ¡Por favor! ¡Tengan piedad de un pobre ciego!

Eso es lo que repite durante todo el día, acercándose a desconocidos a quienes oye caminar, hablar, debatir y, a veces, discutir. Rara vez le prestan atención porque no es interesante. Está sucio e incluso bastante repulsivo con su viejo abrigo roto.

Lo empujan a un lado y lo rechazan. De vez en cuando, un "¡Hola!", unas palabras de consuelo o el tintineo de una moneda en su cuenco de mendigo, le dan un poco de valor. Durante años Bartimeo ha vivido miserablemente así, pasando sus días esperando que una persona generosa se apiade de él. Espera y espera a que pase el día, y el día siguiente será lo mismo.

¡Oh! Tiene tiempo para repasar todo lo que escucha de esta multitud ruidosa en su cabeza. Se entera de las noticias, lo que está sucediendo en Jericó, pero también en Jerusalén y en las aldeas circundantes. Un nombre que surge a menudo en las conversaciones es el de Jesús. La gente habla de los milagros que hace, de la ira de los líderes religiosos que son celosos. Algunos creen en Él, otros dicen "¡Es un impostor, está engañando a la gente!" ", pero los que han sido sanados dicen " ¡Él es el Mesías! " ¡Gloria, gloria a Dios! " Todo esto le interesa a Bartimeo. Reflexiona. Milagros, ¡pero solo Dios puede hacer



milagros! Jesús, ¿Sería Él el que Dios prometió enviar? ¿Podría ser el mesías, el salvador prometido?

- ¡Ah! si pudiera venir aquí, suspira, creo que me curaría a mí también, ¡pero no está en Jericó!

Ese día, de repente oye un alboroto que le hace pensar que se acerca una gran multitud. Interroga a los primeros transeúntes:

- ¿Qué está pasando? Oigo que viene mucha gente, ¡qué ruido!

- ¡Es Jesús de Nazareth quien llega seguido de una gran multitud! alguien explica.

¡Jesús de Nazareth! Estas palabras solo le dan vueltas en la cabeza.



- ¡Jesús! ¡Jesús! Ten piedad de mí! exclama de inmediato.

- ¡Oh! Pero este hace mucho ruido, dicen algunos. ¡No dejará de gritar así!

- ¡Oh! ¡No has terminado! ¡Vas a parar!

- ¡Cállate! ¡Basta! ¡Miserable! ¡No te vas a callar, de una vez!

- ¡Si no paras, nos ocuparemos de ti!

Lo rechazan, lo amenazan para que se calle, pero no hay nada que hacer. Bartimeo clama cada vez más fuerte.

- ¡Jesús! ¡Jesús! Sé que eres el salvador prometido, ¡ten piedad de mí!

Está decidido a aprovechar esta oportunidad para pedirle ayuda. Nadie puede detenerlo.

- ¡Jesús, Jesús! ¡Jesus de Nazareth! Ten piedad de mí
Jesús oye los gritos del desdichado y se detiene.

- ¡Tráiganlo! dijo

Pasan el mensaje al ciego :

- ¡Anímate, Bartimeo! ¡Levántate, Jesús te está llamando!

De un salto, el ciego se levanta, se quita la vieja capa de mendigo y corre hacia Jesús.



- ¿Qué quieres que haga por ti? Le pregunta Jesús

- ¡Señor! ¡Hazme ver claramente, sáname!

- Tendrás lo que me pides, responde Jesús. Porque crees que puedo hacerlo, te sano.

Ahora Bartimeo puede ver con claridad. El milagro ocurre en respuesta a su fe. ¿Volverá ahora a su miserable vida? ¡No! Se une a la multitud que sigue a Jesús y todos juntos continúan su



viaje alabando y glorificando a Dios que obra maravillas.

1, 2, 3, 4 ¡Y TÚ Y YO!

Viste cómo querían evitar que Bartimeo le pidiera ayuda a Jesús, pero él no se desanimó. Siguió y siguió gritando, suplicando, a pesar de las malas palabras y amenazas. ¿Por qué? Esto te preguntamos: ¿Por qué Bartimeo seguía gritando? Porque creía que Jesús era el Salvador prometido. Estaba convencido de que Jesús tenía el poder de curarlo, de sacarlo de su triste situación. Fue por su fe que Jesús respondió y lo sanó. Esta historia es realmente un estímulo para ti y para mí. No nos detengamos ni nos desanimemos de creer en Jesús y orarle. Te sugiero que vuelvas a leer este relato en el capítulo 10 del Evangelio de Marcos.

4, 3, 2, 1 ¡Y NOSOTROS LOS PADRES!

Todos conocemos a personas que quieren desanimarnos, detenernos en nuestro caminar con el Señor. El ejemplo de Bartimeo es un fuerte estímulo para perseverar contra viento y marea. Nuestra perseverancia coincidirá con nuestra fe. Al recordarles a nuestros hijos esta historia, al compartir con ellos nuestras experiencias de perseverancia, les ayudamos a superar los momentos difíciles.